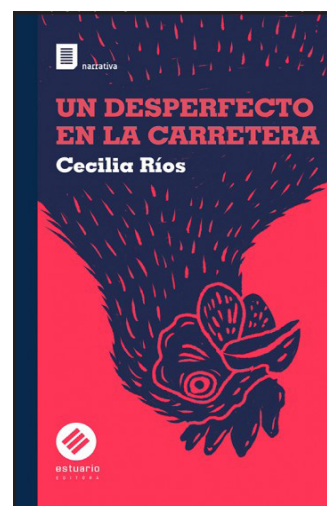


La felicidad en tiempos hipermodernos en *Un desperfecto en la carretera*, de Cecilia Ríos

Abril Rodríguez González
(Instituto de Profesores Artigas, Uruguay)

Ríos, Cecilia.
Un desperfecto en la carretera.
Estuario, Montevideo, 2023.

Un desperfecto en la carretera es el último libro de Cecilia Ríos, publicado en junio de 2023 por Estuario. Reúne once cuentos que presentan historias independientes con personajes diversos que se encuentran en circunstancias distintas, las cuales enfrentarán de maneras distintas también.



En la contratapa del libro, Damián González Bertolino reconoce como historia común de todos los relatos “lo que los personajes hacen con la idea de la felicidad”, y el enfrentamiento de sus personajes “a una identidad insospechada”. En ese sentido, entiendo que identidad y felicidad pueden leerse en cada una de estas historias como una gran paradoja. Lejos de encontrar una idea de felicidad unívoca, *Un desperfecto en la carretera* nos obliga a acompañar a los personajes en su propia búsqueda que es siempre compleja, contradictoria e incierta. Desde lo paradójico, los personajes representan algunos de los aspectos que caracterizan a los sujetos de la hipermodernidad, según el pensamiento de Gilles Lipovetsky (2006) en *Los tiempos hipermodernos*.

El complejo vínculo que se establece con el presente tanto como con el futuro es un aspecto que se encuentra en varios de los cuentos del libro. La búsqueda de la felicidad en los relatos está ligada al concepto de “neofuturismo” que emplea Lipovetsky (2006), entendiendo que “la nueva orientación hacia el porvenir se busca bajo los auspicios de la reconciliación con las normas del presente (empleo, rentabilidad económica, consumo, bienestar)” (73). En líneas generales, los deseos y motivaciones de los personajes están

asociadas a la posibilidad de establecerse en la sociedad a partir de las apariencias y los aspectos materiales.

Dicha relación se presenta de manera casi explícita en el tercer cuento del libro. En “Casas con vista al mar, viajes, autos relucientes” asistimos a la comparación que realiza Nair entre Luana –su sobrina–, y los hijos de ciertos “dueños de una empresa importante” (36) de quienes es niñera. Desde su lugar de espectadora en la crianza de la niña, critica –internamente– varios aspectos de esta, analizando de manera paralela la vida de los niños a los que cuida y vislumbrando en su futuro “que serán ricos algún día y que no les faltarán casas con vista al mar, viajes, autos relucientes” (40). La preocupación de Nair por el presente de su sobrina está ligada de manera intrínseca con la incertidumbre que depara el futuro, y se pueden observar las tensiones que esto genera con respecto a la búsqueda presente de la felicidad de la niña –o, mejor dicho, su disfrute–. Sobre el final de la narración, se presenta a Luana como una suerte de espejo para Nair: “En veinte años, Luana tendrá la edad que ella tiene ahora. Cuidará de tres niños adorables por un sueldo bajo y vivirá en la pieza trasera de un hermoso apartamento” (41). Es quizás esta proyección lo que explica la insistencia de la joven, su minuciosa –y crítica– observación de la crianza de su sobrina, la profunda necesidad de ver a la niña siendo preparada para el futuro con la antelación que los tiempos hipermodernos requieren. El relato permite pensar la infancia desde lo hipermoderno, estando muy presente allí la idea de que “lo prioritario es la formación para el futuro” (Lipovetsky, 75), no sin contradicciones y problemas. Las distintas formas de enfrentar lo incierto del porvenir en estos tiempos no están desvinculadas del lugar socioeconómico de las personas, y esto queda en evidencia en esta historia que nos invita a cuestionarnos: ¿está la felicidad en casas con vista al mar, viajes y autos relucientes?

Nuevas formas de la misma búsqueda se presentan en “Kalea”, donde Magdalena deja su vida atrás motivada por una fuerte atracción. Su forma de actuar es una muestra del “individuo amo y señor de su vida” que reconoce Sébastien Charles (2006) en *Los tiempos hipermodernos*, alguien “fundamentalmente voluble, sin ataduras profundas” (44). Esto se evidencia de forma muy clara cuando el personaje afirma: “Las dudas son parte del mundo que quiero dejar atrás. Hace falta valentía para renunciar y empezar de nuevo. [...] Ahora tengo otros valores y otras urgencias” (76). El hambre de novedad y de una vida colmada por el placer constante la llevarán a dejar todo lo que sea necesario atrás, desandando lo ya transitado con gran velocidad y aparente soltura. A lo largo del relato se observa cómo Magdalena se desenvuelve en el nuevo escenario al que se lanza, viviendo desde una supuesta autonomía que resultará bastante paradójica. La lógica contradictoria de lo hipermoderno caracteriza esencialmente a este personaje y su historia, despertando en el lector gran incertidumbre que se acrecentará conforme

se vayan transformando las expectativas de Magdalena con respecto a lo que podrá otorgarle la tan ansiada felicidad.

Si en “Kalea” es posible identificar rasgos de personalidad asociados al “hiperindividualismo” (Lipovetsky, 58), en “El cuello de una gallina azul” será el centro del conflicto. En un relato en que felicidad, estabilidad y placer parecen querer encontrarse con evidente dificultad, el comportamiento de todos los personajes – aunque especialmente el del principal– estará mediado por los intereses particulares y su maximización (Lipovetsky, 58). Las estructuras tradicionales y su peso no se presentan de la misma forma que lo hacían antes, pero es claro que no desaparecen, imponiendo la normatividad desde la elección, como destaca Charles (20). El problema del deber ser y la apariencia conviven –no sin contradicciones– con la aparente libertad y el aumento de posibilidades para el individuo. Esta paradoja propia de lo hipermoderno acompañará al personaje de “El cuello de una gallina azul”, dificultando su felicidad y haciendo de su persecución un problema en sí mismo, interpelando al personaje, y también a los lectores. El narrador se dirige a nosotros desde el inicio del relato: “Usted cree estar a salvo en el comedor de su casa” (129), comienza.

Al sumergirnos en el relato que cierra el libro, las preguntas presentes en todo el recorrido nos enfrentan de manera directa, intensificándose y haciendo carne.

“Carta final de Amalia” es quizás el relato que muestra con mayor firmeza un caso de fracaso en la ya tan referida búsqueda de felicidad. Al igual que en los demás cuentos, esta se presenta desde los intereses individuales del personaje –Amalia, en este caso– y no como una búsqueda colectiva. La derrota es asumida en plena conciencia, y el sentir del personaje frente a la misma es expresado con absoluta certeza: “Descubrí el dolor de no haber tenido lo que habría hecho mi vida mejor” (104). Sin embargo, desde la aparente libertad de elección, la protagonista escapa de una imposición que, se podría decir, se presentó en ella de manera asfixiante. La hipermodernidad no conserva la fuerza de las tradiciones y de las instituciones, pero tal como indica Charles: “Los mecanismos de control no han desaparecido: se han adaptado haciéndose menos directivos” (21). Dicha imposición estará fuertemente ligada a su rol como mujer, además, y la salida que encuentra en un mundo que aparentemente le ofrece una mayor autonomía y capacidad de decisión, no es menos paradójica que las anteriores. Además, es otro ejemplo de hiperindividualismo y ella misma lo reconoce así cuando le dice a su destinataria: “Por último, te pido que me perdonen. Sé que con este acto cambio tu vida” (110). La forma de actuar de Amalia es el ejemplo máximo de comportamiento disfuncional (Lipovetsky, 58), así como de predominio del miedo y no del goce como motor de vida.

Los personajes que crea Cecilia Ríos son, de una manera u otra, contradictorios en su esencia. Pero no todos los relatos nos presentan el mismo tipo de desenlace en lo absoluto, demostrando que, como observa Charles: “La hipermodernidad no es ni el reinado de la felicidad absoluta ni el del nihilismo total. En cierto modo no es ni la consumación del proyecto de las Luces ni la confirmación de las sombrías previsiones nietzscheanas” (46). Reconocemos en cada historia y cada resolución dejos de ambas posibilidades, dejos de una actuación que mira con cierto optimismo el futuro incluso con su incertidumbre, y otras formas más asociadas a la falta de perspectiva.

Al igual que la sociedad hipermoderna, el libro de Ríos “no es unidimensional: se parece a un caos paradójico, a un desorden organizador” (Lipovetsky, 87). En sus personajes leemos a un sujeto hipermoderno: “Abandonado a su suerte, desmarcado, [...] despojado de los planos sociales estructuradores que le dotaban de fuerzas interiores que le permitían afrontar los infortunios de la existencia” (88), y cada uno de ellos nos interpela en nuestra propia búsqueda. No encontraremos respuestas tranquilizadoras sobre la idea de felicidad, sino preguntas movilizantes sobre ella. Relato a relato podremos reflexionar acerca de los “infortunios de la existencia” o, dicho de otra forma, acerca de los *desperfectos en la carretera*.

Bibliografía citada

Lipovetsky, Gilles, y Sébastien Charles. *Los tiempos hipermodernos*. Traducido por Antonio-Prometeo Moya. Anagrama, Barcelona, 2006.